

CARNE Y HUESO EN LA POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA

Como los cuerpos humanos, las políticas exteriores tienen carne y hueso: éste más duro, articula el esqueleto sobre el que se extiende el conjunto anatómico nacional. La carne, según los biólogos sufre una renovación celular más rápida de lo que se cree. En nuestro caso, la velocidad de los cambios en los acontecimientos mundiales, nos parece a los que los estudiábamos antes de 1939, vertiginosa desde 1945; sin excluir a los problemas «enquistados» y no «petrificados».

Desde la «Instrucción Reservada de Estado» del siglo XVIII, España ha tenido sabios enunciadores del hueso de su política exterior; y varios expositores—a veces también ejecutores—de la carne de dicha política. Vidente fue Donoso Cortés. No pueden despreciarse por sus lirismos, a Castelar, Altamira, Labra y Ganivet. Ni menos al formulador de los «Tres Dogmas Nacionales» Vázquez de Mella. Pocos conocen a los meritorios Emilio H. del Villar y Cavanis, y al divulgador (no superficial) Zurano. En nuestros días, los estudiosos son muchos: el decano, felizmente vivo y laborioso, Barcia Trelles (con un joven brote en su discípulo García Arias); al que nos consuela verle acompañado por los ex-ministros Yanguas Messía y Areilza, y por Castiella. Estos redactaron una a modo de «Biblia y Corán» (Reivindicaciones de España); que no por obstruida o superada en su desarrollo, debe olvidarse. Por comparación los políticos fueron más parcos, ello se comprende, Inexplicable el semiaislacionismo del gran Cánovas. Valiosos los tanteos de Moret, Silvela y Maura. Más valiosos los intentos de Canalejas y Romanones. Magno el pensamiento de Cambó. Primo de Rivera, también dijo algo, y actuó cuanto pudo, también, dentro del conjunto de circunstancias de su momento. Bajo la República merecen recordarse con respeto las formulaciones de Madariaga y Zulueta; y olvidarse las de gentes como Del Vayo y

Negrín, que en rigor no eran republicanos, sino comunistas. En el actual Estado, de los primitivos puntos de las J. O. N. S. (recogidos con dulcificación en el 3 de los XXVI de octubre de 1934, consagrados en 1936) se ha pasado al III punto de la Ley Fundamental de 17 de mayo de 1958. En la práctica, y siempre bajo la habil capitania de Franco, su hermano Nicolás fue el negociador de acuerdos de un país desgarrado, al que se negaba la beligerancia reconocida al otro bando. Gómez Jordana, la hormiga laboriosa de los problemas de las reanudaciones exteriores. Serrano Suñer, el ruidoso «axófilo» que soterraba una capacidad maniobrera que dejó a España fuera de la Segunda Guerra Mundial. No sabríamos qué decir de Lequerica. Martín Artajo, el «canciller de la Resistencia» que soportó y quebró el bloqueo, y nos aproximó a los árabes y los hispanoamericanos; firmó el Concordato—muy anterior al Concilio Vaticano II—y los acuerdos con los EE. UU. de 1953, que él mismo acaba de reconocer que estuvieron muy bien para su época, y que como ésta, están superados en la actual coyuntura. Castiella el «canciller de las reivindicaciones» que lealmente descolonizó y pidió que fuéramos descolonizados, planteando diplomáticamente el tema de Gibraltar, tabú en otros tiempos; prolongando en 1963 (pero por cinco años) los acuerdos con Estados Unidos, mientras emparejaba a Europa con los otros puntos del Mundo en nuestro abanico exterior. No, los «responsables oficiales» de nuestras relaciones no han sesteado, como aquellos Ministros de Estado a los que no culpamos, por que los tiempos les imponían al sesteo. España, su pueblo, y sus dirigentes, vibran con las preocupaciones mundiales.

Pero estamos en 1969. La carne de nuestra política exterior está al rojo vivo—¿hay país que no se queme en la hoguera de las inquietudes mundiales?—y ello merece un somero repaso. Permitase al autor, la innócua vanidad de viejo (que no ha figurado ni figurará) en haber sido de los primeros en llamar la atención sobre las complejidades de los ya impopulares acuerdos hispanoyanquis, y sobre sus comprobados riesgos de unilateralidad. Acabamos de leer en un difundido diario madrileño—el 3 de mayo de 1969—un enjundioso artículo del Teniente General Fernández Longoria, defendiendo la continuación de los nexos hispanoyanquis. En algún lugar se desliza la infeliz palabra prórroga, contrapuesta a cancelación. Felizmente del contexto resulta que prórroga no es reproducción o reiteración literal, sino acomodada al presente y al bilateralismo. En ello estamos todos: no queremos quebrar ningún nexo que sea fecundo: queremos que existan; pero los actuales acuer-

dos hispanoyanquis no lo son. Se exagera diciendo que el único enemigo de España es el imperialismo soviético. ¿Y el inglés en la bahía de Algeciras? ¿Han dicho alguna vez los yanquis que nos defenderían de una agresión inglesa dentro o fuera de ella? Lo que están haciendo es reservarse aplicativamente, la interpretación del deber de mutua asistencia—lo dicen, Martín Artajo, Yanguas y otras serias personalidades—, y añado yo, y también ayudar al colonialismo en Gibraltar. Sobre este discrepo del inteligente corresponsal Jesús Pardo: España puede hacer algo—no fulminante, gracias a Dios—en cuanto a Gibraltar; Rota no es el nuevo clavo que «saque» al viejo del Peñón: coexisten y se llevan muy bien. Y creo como otro agudo corresponsal, Alfonso Barra, que con la reciente «Constitución» (?) calpense, Inglaterra no reafirma su voluntad de quedarse sine die en el suelo peninsular—«never», dice el texto aprobado, en cuanto a cualquier descolonización, al condicionarla a la voluntad (?) de los agentes locales del imperialismo inglés—, sino que, como escribió Barra, va a por los alrededores de su asfixiada Colonia. Esto es un peligro más inmediato que el del imperialismo soviético, que por el equilibrio atómico, cuidará de evitar cualquier activación explosiva. Moscú quiere hacer saltar el Mundo. Londres quiere hacernos saltar. Para Juan Español lo segundo es tan mortal, y con mayor rapidez, que lo primero. No invocaremos a Ramiro Ledesma—tan atacado post mortem con más impunidad que hidalguía—, sino a Calvo Sotelo, que prefería la España roja a la España rota; hipótesis no incompatibles entre sí, y que no asustan a cancillerías que aquí se creen «sensatas» y «amigas».

Hay muchos trozos de la piel exterior hispánica al rojo vivo. Nuestro onusianismo sufre, ante el pueblo, un razonable quebranto: dimos Guinea e Ifni, y el Reino Unido se ríe impúnemente de platónicas declaraciones descolonizadoras; mientras Marruecos nos «recompensa» con malos modales, insoportables exigencias, y ayuda al Peñón; ¿quiere enfadarnos directamente, y por repercusión con el mundo árabe, al que prestaría con ello un flaco servicio más? Pues, que persevere. ¿Qué pasaría si Argelia llegara al Atlántico por un pasillo de 30 kilómetros entre Tarfaya y la Sekia-al-Hamara, tras cuidadosas estipulaciones de control compartido con España?

Nuestro hispanoamericanismo es de lo menos quemado, en la piel exterior española: su temperatura es la confortable de unas realidades vivas que crecen, dentro de sus posibilidades, día a día. Nuestro europeísmo, mejora menos, entre señores feudales del proteccionismo superdesarrollado, y residuos

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

de trasnochados sectarios que hablan de Democracia, en este Año del Señor, en el que podrían anotarse tantas definiciones de ella, como Estados soberanos, y algunas más. Y la Ley de plenos poderes en Ulster. Y con ellos el problema, difícil siempre, de nuestro comercio exterior; subsiste, pero menos mejorable por nuestra sola acción, mientras que, por ejemplo, es satisfactorio—por parangón—el panorama cultural exterior.

En fin, España vive en el mundo. Y polemiza en casa—sobre la carne, porque sobre el hueso de nuestros ideales exteriores hay un amplio consensus—lo que ya es saludable. Es objeto de polémicas, que son variadas—y no monocordes en lo hostil y cerrado como hace lustros—y, sobre todo, actúa; mejor o peor, con felicidad o sin ella, como sucede en todo lo humano. Que Descartes nos perdone esta mala imitación: «bregamos con serios problemas exteriores, luego vivimos en el mundo, y nuestra salud es resistente».

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES.

N. de la R. = Compuesto este artículo se ha producido la retirada de los trabajadores españoles en el Peñón y las subsiguientes amenazas británicas, con insospechados ecos indígenas.

ESTUDIOS

